

LA CU Y LAS URGENCIAS HUMANÍSTICAS DE NUESTRO TIEMPO

Bernabé Navarro B.*

Puede decirse que la misión y la acción medular de la universidad, de la universidad de Occidente a partir de su constitución en la Edad Media, ha sido la de humanizar al hombre. Los maestros y estudiantes que después del 1100 decidieron reunirse dentro de una ciudad y asociarse al abrigo de un particular edificio, no sólo pretendían garantizar ciertos derechos para sus estudios e incrementar el saber y la cultura, sino que buscaban principalmente, en el fondo, unidad y amplitud en la formación, armonía y equilibrio entre las diversas disciplinas: que no otro es el sentido profundo de la palabra *universitas* con que se la designó. Las universidades, y las escuelas episcopales y abaciales de donde se originaron, tuvieron como mérito y gloria el cultivar aquellas facultades y aspectos del hombre que lo perfeccionaran en sí mismo y lo situaran conscientemente en equitativa comprensión y trato de cuanto no fuera él. Camino y medio de tal formación bien sabemos que lo fueron las llamadas artes liberales, así como el estudio y utilización de las lenguas clásicas, que a su vez se convirtieron en los más sólidos fundamentos y fermentos de la universidad y de su espíritu. El mismo sentido que vamos destacando guarda el hecho de que, recíprocamente, las humanidades y el humanismo han tenido en la universidad su sede propia o a veces el único refugio, porque sólo en ella y a través de ella, debido a sus características de unidad y totalidad, podían ejercer su acción e irradiar sus influencias.

La misión de la universidad no era entonces –como ahora tampoco debe ser– adiestrar técnicos o preparar profesionistas: este fin es adyacente o mejor subyacente, para ser comprendido por el más alto de formar al hombre de modo integral, sea, en casos, en la amplitud de la cultura y de la vida, sea, más bien, en el equilibrio de una estructura especial con los aspectos necesarios de todas las demás. Parece que sólo el moderno tipo de instituciones politécnicas tiene como esencial aquel fin, olvidando el verdadero, con la consiguiente y ya experimentada deshumanización del hombre y desarticulación de los aspectos y facultades de su ser.



Foto: CESU

* Universidad de México, noviembre de 1952



101 CESU

Según lo anterior, pues, y sin temor a equivocarnos, podemos llegar a la identificación de espíritu humanista y humanizado y espíritu universitario, no pudiendo concebirse universidad sin humanidades y sin estudios humanísticos, ni éstos sin aquélla. La historia, indudablemente, no nos brindaría un sólo hecho en contrario.

Nuestra Universidad ha visto en los últimos años un resurgimiento y un desarrollo notables de los estudios humanísticos. Ya no son las voces aisladas, aunque magníficas sin duda, de un don Francisco de P. Herrasti o de un don Balbino Dávalos. Se trata ahora de una corriente amplia. Muchos profesores y estudiosos, aun los no dedicados exclusivamente a tales disciplinas, se interesan por ellas y reciben sus influencias. En el medio de nuestra casa de estudios se han hecho presentes, fecundamente, humanistas ajenos a ella —en lo material, no en espíritu—, como Alfonso Reyes, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, Octaviano Valdés, Jesús Pallares, Ángel María Garibay. Los profesores de filosofía e historia, como García Bacca, Gaos, Nicol, Gómez Robledo, Martínez del Río, Roces, se ocupan mucho de las lenguas clásicas, y no sólo desde el punto de vista filológico y hermenéutico, sino en toda la profunda amplitud humana de sus culturas. Los de letras clásicas, como Millares, Frangos, Alcalá, Bolaño, se han preocupado por presentar el aspecto cultural y humanista de estos estudios, poniendo en sitio muy secundario el gramatical y formalista; han incorporado nuevas ideas pedagógicas y didácticas; han propuesto nuevos planes de estudio, concediendo por una parte papel importantísimo a los valores de la cultura clásica y al humanismo, y por otra adoptando métodos que den acceso fácil e inmediato a tales valores y hagan agradable un estudio otrora tan molesto y rechazado.

En los planes de estudio de las escuelas preparatorias, ante la presión de los profesores con sentido humanista, fueron incluidas las lenguas clásicas, primero, dándoles un tiempo proporcional a su importancia —cinco años al latín, por ejemplo—; después, restándoselas un tanto —dos años al latín, uno al griego—, pero siempre con amplias ideas para las humanidades.

Mas quizá la mejor manifestación de este renacimiento es la creación de la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*, colección de los autores clásicos griegos y latinos, traducidos por mexicanos o en México, en textos bilingües, anotados y comentados. Las traducciones han sido aceptadas por las mejores plumas de México,

entre las cuales baste señalar, prescindiendo de que hayan visto ya la luz pública o no, a Millares Carlo, a Gallegos Rocafull, a García Bacca, a Gaos, a Alfonso Méndez Plancarte, a Antonio Gómez Robledo, a Frangos. Los clásicos traducidos y por traducir son: Platón, Jenofonte, Aristóteles, Isócrates, Euclides, Sófoles, Demóstenes, Horacio, Cicerón, César, Suetonio, Tácito, Ovidio, Salustio, Séneca, Varrón, Floro, Quinto Curcio, V. Patérculo, etc. Y para que esta biblioteca tenga su escuela de traductores, han sido constituidos en la Facultad de Filosofía y Letras, los seminarios de traductores latinos y griegos, a cuyo frente han estado, respectivamente, don Agustín Millares Carlo, don David García Bacca y don Demetrio Frangos.



Foto: CESU

El Departamento de Humanidades de la Universidad, también creado en los últimos años, es el que se ha encargado de fomentar y lograr la mayor parte de estas obras humanísticas. Parece suficiente decir, para garantizar su acción y su altura, que lo preside Agustín Yáñez y que su consejo lo forman: Samuel Ramos, Rafael García Granados, Manuel Toussaint, Agustín García López, Eduardo García Máynez, Juan B. Iguíniz, Lucio Mendieta y Núñez.

El entusiasmo no se ha quedado en los maestros solamente, sino que ha trascendido a los estudiantes. La carrera de letras clásicas, algunos años desierta, ahora ya se va poblando, y no sólo con personas que hayan estudiado antes —por ejemplo en los seminarios—, sino con alumnos de las distintas escuelas preparatorias de la capital, quienes han sido llamados directamente por el reclamo del sentido y función de los valores de la cultura grecorromana. Producto de ese ambiente es la formación de una *Sociedad de Estudios Clásicos*, alentada por todos los maestros, pero iniciada y organizada, a lo que parece, por los estudiantes mismos.

La Ciudad Universitaria es un ideal realizado para todo mexicano que se interese, en cualquier forma, por el desarrollo del saber y por la elevación cultural de la patria. Los consagrados específicamente a la vida intelectual: filósofos, humanistas, científicos, literatos, escritores; los maestros y profesores universitarios; los profesionistas en general:

arquitectos, médicos, abogados, ingenieros, etc.; todos los que directa o indirectamente guardan relaciones con la Universidad, con sus enseñanzas, con la formación y preparación que brinda, con su administración y economía. Todos esperan mucho de ella y para ella: de ella, porque saben que con los valiosos elementos de todo orden de que va a disponer, podrá realizar cuanto anteriormente quedó en el plano de la posibilidad o del anhelo; para ella, porque están dispuestos a ofrecer a la Universidad y al mundo estudioso por su medio, toda su capacidad, todo su trabajo, toda su preparación. No habrá nadie, sin duda, que no compita por brindarle lo mejor, y seguramente no podrá atribuirse primacía a ninguna facultad, escuela, instituto o agrupación.

Sin embargo, debe destacarse particularmente, junto a la de los científicos, la labor de los humanistas y profesores de humanidades, así como su benéfica influencia. Varias razones inducen a pensar así. Sería la principal el renacimiento humanístico que antes describíamos y que naturalmente encontrará en la Ciudad Universitaria un campo en especial propicio por el nuevo vigor, y por los elementos nuevos. Es cierto que la nueva vida cultural que se nos acerca ofrece a todos, como tierra virgen, posibilidades de renovación, de robustecimiento, de cambio, de superación; sin embargo, puede serlo particularmente para las humanidades, porque se trataría de una continuidad y de un progreso iniciado antes. Llevarán un impulso mayor y aprovecharán

más ávidamente los nuevos elementos. Todos, también es cierto, dispondrán de los más amplios y mejores medios para realizar su labor y su misión, pero algunos, los de humanidades quizá entre ellos, poseerán instrumentos y cosas que no tuvieron antes, logrando así el sitio y la función que les corresponde y adonde no habían podido llegar. En la Ciudad Universitaria, en la torre llamada de Humanidades, habrá un piso dedicado a ellas especialmente, donde podrá instalarse un Instituto de Humanidades y todos los organismos y dependencias que le sean necesarios, como por ejemplo, un Centro de Estudios Filosóficos y Lingüísticos. La cercanía de la gran biblioteca, riquísima en este aspecto en lo que se refiere a la cultura colonial



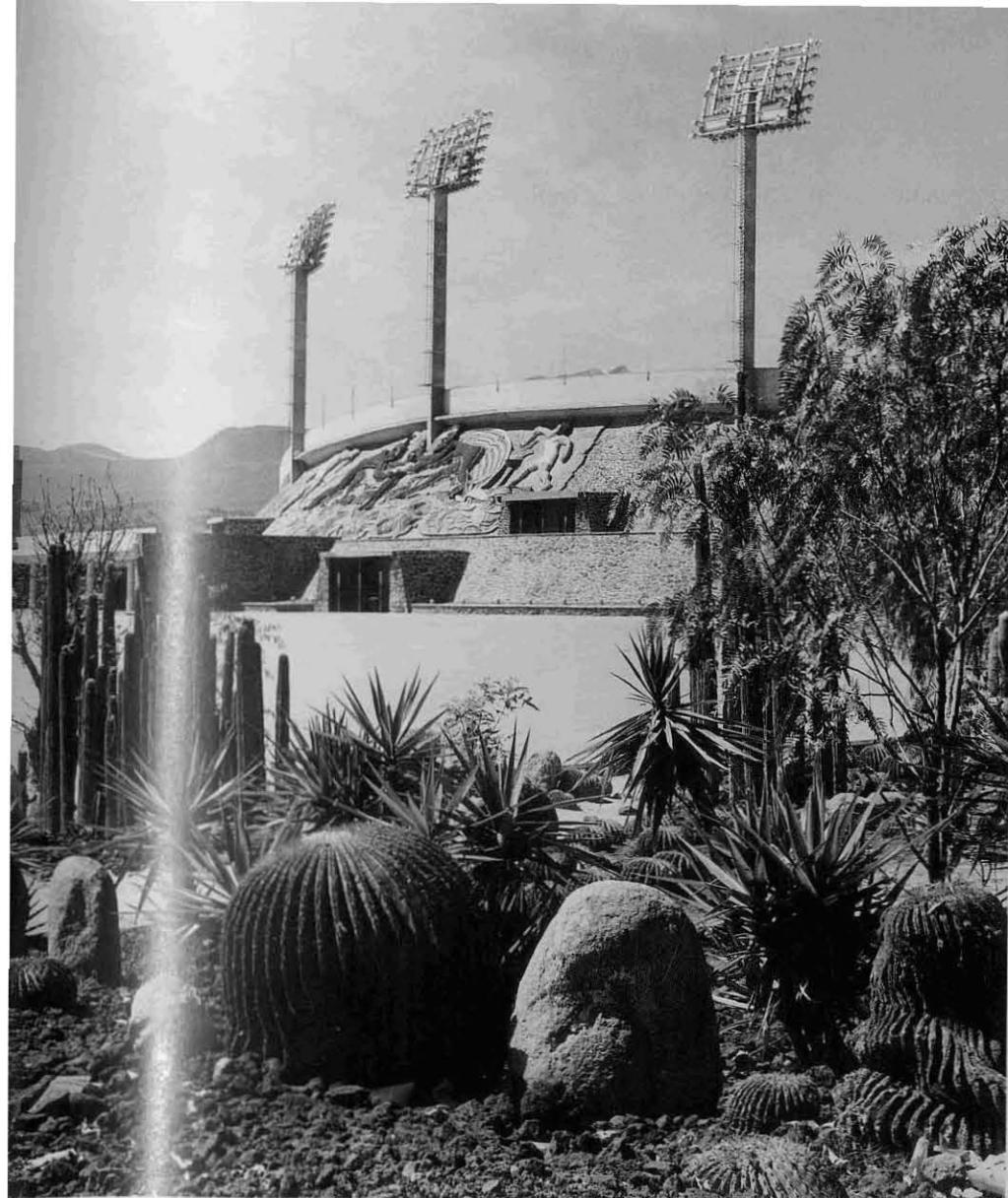
mexicana, debe ofrecer vastísimo campo de investigación o de consulta, teniendo casi al alcance de la mano los instrumentos de trabajo.

Probablemente también todas las facultades y escuelas preparen nuevos planes de estudio, nuevos proyectos de trabajo, nuevos programas de las asignaturas; en suma, dispongan una nueva acción para una nueva vida. Pero también aquí creemos que quien más esperanzas tiene en la Ciudad Universitaria para renovarse y mejorar, es la Sección de Humanidades del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras y todo el departamento. Desde hace varios años ha venido estudiando y preparando planes de estudio, programas, métodos que elevan ese departamento de la facultad a un nivel decoroso ante cualquier universidad del mundo. Han sido propuestos a las distintas autoridades, pero no se los ha considerado como debía ser, quizá por las circunstancias de transición por las que atravesamos desde que se decidió concretamente y se empezó la construcción de nuestra Ciudad Universitaria. Ésta era la esperanza de su aplicación y realización, y hasta así lo indicaban las mismas autoridades. Se trata de proyectos de amplia y fecunda humanización para todas las disciplinas y carreras —empezando, naturalmente, por la propia de letras clásicas—, antes demasiado formalistas, gramaticalistas, abstractas y desvitalizadas.

○ Pero la circunstancia más favorable para las humanidades en la Ciudad Universitaria será precisamente el estar "circunstantes" todas las facultades y escuelas, el estar cerca y juntas, aun materialmente, pues estando separadas y dispersas e interpoladas por la ciudad y sus problemas, se debilitaba el lazo espiritual que, ciertamente, siempre las ha unido. Este hecho permitirá una verdadera interacción entre todas y una real irradiación de los valores de cada una en su entorno. Ya no habrá el desconocimiento y olvido —que ahora existe— entre hermanos y compañeros; ya no se dará el caso de que apenas si se pare mientes en que hay universitarios que estudian música o comercio; ya no sucederá que sólo en partidos de fútbol o en celebraciones centenarias se conozcan, simpaticen y colaboren los universitarios. En tal interacción, el humanismo y las humanidades tienen el papel y función más importantes. Ellas han sido siempre un principio de equilibrio y armonía, entre las ciencias y entre los hombres; son el elemento "filógeno" y "omógeno", puesto que apuntan en los hombres a aquellas fibras o a aquellos aspectos que tienen de común, mientras que cada una de las otras disciplinas o ciencias tiende a algo particular e impermeable. Si no todos los hombres tienen interés directo por la matemática, por la medicina, por la ingeniería, o aun por la filosofía, sí en cambio todos lo sienten por lo literario, por lo artístico, por lo poético, por todo aquello que se refiere directamente al hombre y a su perfeccionamiento interno



La arquitectura ejecutada sobre la colada basáltica del Pedregal de San Ángel tuvo la virtud de mimetizarse con su medio. Los críticos resaltan la creatividad de los arquitectos Salinas, Bravo y Pérez Palacios como diseñadores del Estadio Olímpico. Este inmueble es una especie de cono volcánico artificial que emula la geometría del Xitle. Foto: Úrsula Bernath, 1958



e íntimo, y que por ser semejantes todos los hombres, crea aproximación, cooperación, simpatía.

La misión humanizadora que antes decíamos de la Universidad, ahora la debemos referir a la Ciudad Universitaria. En la Edad Media fue la universidad la que llenó los afanes e ideales; en el mundo moderno es la ciudad universitaria la que trata de cumplir los proyectos y los anhelos, quizá más profunda y ampliamente, porque ya no es una universidad dentro de una urbe, sino una urbe consagrada especialmente a la ciencia y al cultivo del hombre. Cabe la perspectiva de líneas puras arquitectónicas de nuestra Ciudad Universitaria, y en medio de sus grandes

espacios claros con diáfana atmósfera y radiante sol, el hombre de México debe adentrarse más en sí mismo, debe perfilarse más nítidamente frente a la máquina, frente a la ciencia o frente a la naturaleza. Las modernas concepciones del hombre que reaccionan ante la tremenda deshumanización reinante así lo exigen. Las humanidades, los estudios humanísticos, el humanismo, le servirán de base y de guía. Todos esperamos que la Ciudad Universitaria sea el coronamiento de la misión humanizadora y cultural iniciada hacia 1551 por la Universidad Real y Pontificia, y que constituya el principio de una nueva era para el hombre y el saber de México. ■